

Título: Boring formless nonsense. Experiment music and the aesthetics of failure

Autor: Priest , Eldritch

Editorial: Bloomsbury

Lugar: Nueva York

Páginas: 336

Año: 2013

Por Abel Gilbert

El 2012 fue el año de centenario del nacimiento de John Cage, nombre de una apostasía o una revelación, según la mirada que se tenga de la historia musical de la Posguerra. Contra lo que hace suponer la lógica editorial de las reverencias y exhumaciones, durante ese año no se publicaron muchos libros sobre el autor de 4'33. Como si todo estuviera dicho o, lo que falta decir, requiere de otros abordajes y otras palabras. El compositor y ensayista Eldritch Priest se tomó el trabajo de recontextualizar no solo la figura seminal de lo que se conoce como experimentalismo sino que, glosando a Michael Nymann, fue "más allá", tratando de entender y valorar los esfuerzos del postcageanismo por preservar la fuerza original de su programa de acción. El voluminoso libro de Priest gira alrededor de un asunto muy caro a esa tradición: la estética del fracaso y su principal tropo, el aburrimiento. "Más que un modelo de entrópica desesperación se sugiere que algo productivo o generativo descansa dentro de ese espiral descendente. Una astilla de conciencia que carga un potencial para la diferencia, el cual produce un inesperado surplus, la manifestación de una energía residual", nos recuerda en *Boring formless nonsense. Experiment music and the aesthetics of failure*.

En la persecución fracaso, los autores de las obras que invocan esa radicalidad encriptada -y, presumiblemente los que las experimentan-, han creído que son llevado a nuevos eventos, nuevas formas de expresar el sentido, el sin sentido por así decirlo, de fracasar. El fracaso, señala Priest, se presenta como un modo de resistencia a través del cual se desafía o aún se rechazan las presiones de las doctrinas dominantes.

Pero Priest cree que el aburrimiento es hoy un concepto más ambivalente y controvertido que hace medio siglo, cuando Cage hizo sus primeras formulaciones con cierto añadido zen. Su trabajo es de una erudición apabullante. Puede pasar de Derrida y Barthes a Beckett, de Camus y Bataille a Melville, del estudio cultural al ensayo posmoderno, de Frank Zappa a Lou Reed, de Feldman y Cage a sus correspondientes sagas epigonales. Un escritor lo fascina de manera especial: Charles Foster Wallace, quizá el autor más poderoso que ha dado la literatura norteamericana en las últimas décadas. Wallace es autor de una novela monumental *Infinite Jest* (se ha traducido en Mondadori como *La broma infinita*). Se suicidó cinco años atrás. Tras su muerte se conoció *The pale king* (*El rey pálido*, también editada por Mondadori). Priest extrae de sus páginas una cita: "sortear las olas del aburrimiento es como dar un paso del blanco y negro al color". A lo largo de *Boring formless nonsense*, Priest trata de poner a prueba la consistencia de ese tránsito.

El fracaso, nos sugiere, puede devenir en triunfo. Esto ha sucedido en la música electrónica, en los usos de la tecnología digital: glitches, bugs, errores de aplicación, clippings, distorsiones, cuantización del ruido, son juicios hechos de acuerdo con una manera de sesgar la funcionalidad del artefacto, una funcionalidad que construye su valor en relación con la velocidad, la conectividad y la simulación. El defecto, por lo tanto, un éxito estético.

Pero lo que sucede en ese terreno no se aplica hoy de manera automática en otras prácticas. Según Priest, muchos compositores que están escribiendo obras sobre la base de estructuras lentas, estáticas y repetitivas, músicas de una clase que está destinada a ser experimentada sin interrupción (externa), expresan una sensación de aburrimiento que, en los términos actuales, más que activar una fisura perceptiva, se articulan con las dimensiones de la cultura contemporánea de la depresión y la simulación.

Expresa en ese sentido que la "satisfacción trascendental" prometida por obras como las de Feldman o Charlemagne Palestine, logros que discriminaban la estética del aburrimiento de lo mundano, ya no son operativas. En contraste con las certezas de artistas como Dick Higgins (Fluxus), quien le daba al aburrimiento un aura eufórica, y Andy Warhol, cuyas repeticiones sugieren que el aburrimiento es el corolario afectivo de la cultura del placer de la mercancía, las prácticas contemporáneas ejemplifican

para Priest un tipo de aburrimiento que manifiesta síntomas de lo que Sianne Ngai describe como una estética "stuplime". El término permite invocar lo sublime kantiano negativamente al infundirle escaso espesor o incluso estupidez, separándolo así de sus connotaciones espirituales y trascendentes históricas, y su posterior traducción romántica.

"Obviamente, hoy en día el aburrimiento no es enteramente distinto del aburrimiento de la década de 1960, las similitudes formales y conceptuales, así como las figuras discursivas utilizadas por el artista para describir y justificar las cosas aburridas que hacen, son más aparentes. Opina a su vez que lo que no es tan evidente es la forma en la que el paradójico shock de aburrimiento ahora funciona como una moneda en lo que Paul Mann llama a la economía blanca del discurso. Una economía que comercia expresiones de conformidad/resistencia". Basándose en Mann, Priest sostiene que la vanguardia no ocupa el último término de este sistema binario tanto como que sus expresiones marcan la deriva diferencial por los que se realiza este par decible en un sistema de intercambio. El permanente esfuerzo de la vanguardia de ser distinta, hace esta de un Agente discursivo en cuanto que sus "expresiones de diferencia" son las que producen las condiciones del discurso. La vanguardia es, de esta manera, menos un sitio de resistencia y más un sistema para instrumentalizar la contradicción.

El libro de Priest se convierte en un artefacto que vale la pena desmenuzar, para discutirlo y actualizar polémicas cristalizadas.